

El secreto de las bibliotecas

Ángel Esteban (Universidad de Granada)

[López Luaces, Marta (2013). *Los traductores del viento*. Madrid: Vaso Roto Ediciones.]

En el principio era el Verbo, y al final solo permanecerá el Verbo. Las palabras configuran el mundo y le dan sentido. Por eso, quienes desean obtener o mantener el poder, pretenden, antes que nada, ser dueños de las palabras. La historia de la humanidad está plagada de saqueos, actos de censura y represión, incendios de bibliotecas, pero también de luchas por la libertad de expresión. A Galileo le obligaron a dar como válidas unas palabras en las que negaba lo que pensaba. Por eso, supuestamente, añadió: “Sin embargo, se mueve”. Palabras que detectaban los latidos del corazón del universo.

En la novela de Marta López Luaces, las palabras son el terreno del conflicto constante, como una alegoría de la historia de la cultura, de la historia de la lucha por la libertad. Mateo y Agustín, los dos protagonistas, establecen un combate encarnizado contra los que se creen dueños de las palabras, y lo plantean desde la biblioteca de la que son custodios, como un símbolo de la fuerza que poseen los libros, gracias a lo único de lo que son dueños: los signos lingüísticos que les dan sentido, dando sentido también al mundo. Henoc, una población que acoge a desterrados de todas partes, parias sin apenas identidad, esconde en los recovecos de su biblioteca un arsenal de materiales con sentido, que hace peligrar el estatus cómodo de los poderosos. Por eso se ensañan contra ellos, y contra el mesianismo de los traductores del viento, capaces de poner en contacto, mediante el milagro de las palabras, a los hombres con la divinidad.

La novela de Marta López Luaces evita cualquier referencia a momentos conocidos y verificables de la historia y a lugares fácilmente reconocibles, por lo que se convierte en una metáfora útil y una alegoría exacta de la condición humana, del espíritu errante del hombre y la mujer sensibles que buscan acomodo, a través del lenguaje, en el reino de la libertad, ajeno a cronotopos. Por eso, el hipotético siglo XXIII en el que se enmarca, sugiere un tipo de realidad más cercano a sociedades primitivas como las descritas en el Antiguo Testamento que al ambiente de las nuevas tecnologías de nuestra era. No hay evolución sin involución, y los extremos se tocan hasta tal punto, que bien pudiera sostenerse, de modo oblicuo, que en algún momento, la locura de la posmodernidad, obligada a dar crédito

y rendir pleitesía a la realidad virtual y al simulacro, manejará su caída desde un punto de inflexión, en el que quizá ya nos movemos sin ser conscientes de ello.

Mientras los sistemas se suceden, lo único permanente son las palabras, la posibilidad de comunicación entre el mundo de aquí y el de allí. Por eso son necesarios los traductores del viento. La tensión menos aleatoria, y más necesaria, en el texto de la excelente poeta gallega radicada en Manhattan, que ahora se atreve con la novela, es la que se establece alrededor de la búsqueda de la siguiente persona que pueda configurarse como puente entre Dios y los hombres, que sea capaz de descifrar, cual soplo divino, el lenguaje del viento.